

como piadosas industrias y medios muy propios para conseguir la salvacion.

2. El rosario es una devocion muy agradable á la santísima Virgen; haz propósito de rezarle todos los dias; y es muy conveniente fijar la hora en que lo debes hacer, á imitacion de la Iglesia, que nunca muda la hora, que segun el tiempo determinó para celebrar sus officios. Se adquiere cierta especie de mérito particular en hacer siempre las devociones en horas determinadas. El variarlas sin motivo, es señal de inconstancia en la devocion, y una lijereza que desagrada á Dios. Todas las tardes de la octava haz una visita á aquella iglesia ó capilla de la Virgen, donde con mas particularidad se celebra la fiesta de su Asuncion, y ten en ella un rato de oracion.

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN ROQUE, CONFESOR.

San Roque, tan celebre en toda la Europa cristiana por su grande santidad, y por su poderosa proteccion contra el azote de la peste, fué natural del Langüedoc, y de una familia distinguida, no menos por su nobleza, que por sus opulentos bienes y por sus empleos. Nació en Mompeller por lo años de 1284. Su padre se llamó Juan, y aunque algunos creyeron que era señor de la misma ciudad, no fué sino un gobernador por los reyes de Mallorca, de la real casa de Aragon, á quienes pertenecia entonces la ciudad de Mompeller y su territorio, que poseian en feudo de la corona de Francia. Desde que Roque nació, fué recibido y considerado como especial don del cielo y como fruto de las oraciones de sus padres, que, no habiendo

tenido hijos, y hallándose en avanzada edad, recurrieron á la Virgen, de quien eran singularmente devotos, y la suplicaron con fervorosos ruegos les alcanzase de Dios un heredero que usase bien de sus bienes, y se dedicase del todo á su servicio. Fueron oidos sus deseos, y nuestro santo fué hijo de sus oraciones, observándose que nació con una pequeña cruz de color rojo, como grabada sobre el pecho. Todas estas circunstancias le hicieron mas amado de sus padres; y su madre, por nombre Liberia, una de las señoras mas virtuosas de su tiempo, las tuvo por presagio de la futura santidad de su hijo: piadosa preocupacion, que la empeñó en dedicarse con mayor cuidado á su educacion, aplicandose enteramente á inspirarle desde la cuna la verdadera piedad y una tierna devocion á la santísima Virgen. Presto reconoció la virtuosa señora que la gracia se habia adelantado á sus piadosos deseos, previniendo al niño con sus mas dulces bendiciones aun antes que la edad le permitiese aprovecharse de las lecciones de su madre. Notóse, siendo aun de pocho, que los miércoles y los sábados no le tomaba mas que una sola vez al dia; y este ayuno le observó despues toda la vida.

La devocion que mostró á la santísima Virgen, fué tambien como un milagroso efecto de la predileccion con que ya le miraba la Madre de Dios. Bastaba mostrarle una imagen suya para acallarle y para alegrarle; y así toda la vida fué uno de sus mas favorecidos y uno de sus mas fieles y zelosos siervos. Con un corazon como nacido para la piedad, y con unas inclinaciones naturalmente propensas á la virtud, pasó los primeros años con una inocencia verdaderamente extraordinaria. Habiendo perdido á los veinte á su padre y á su madre, se halló dueño absoluto de un opulentísimo patrimonio; pero todas sus ansias eran por otra herencia todavia mas preciosa. Considerando

aquella perfecta desnudez y desprendimiento que el Salvador pide tan expresamente á todos sus discipulos, y de la cual todos los santos nos dejaron tan asombrosos ejemplos, tomó la resolución de imitarlos. Distribuyó con el mayor secreto que le fue posible entre los pobres todo lo que pudo recoger de sus rentas; y como la edad no le permitía disponer ni enajenar las raíces, dejó la administracion á un tío suyo, hermano de su padre; y disfrazado de peregrino, se huyó secretamente de su patria, y tomó el camino de Roma.

Habiendo escogido el estado de pobre, le fué preciso hacer el viaje mendigando. Así por la delicadeza de su edad, como por la de su complexion, tuvo bien en que ejercitar su mortificacion y su paciencia; pero en todas las pruebas le sostuvo su encendido amor de Dios. Cuando llegó á Aquapendente, ciudad de Toscana, perteneciente á los estados de la Iglesia, supo y vió el estrago que hacia en ella la peste, llenando todas las casas de luto. Movido de un ardiente deseo de asistir á los apestados, y de sacrificar su vida en aquel ejercicio heroico de caridad, se fué á ofrecer al administrador del hospital para asistir á los enfermos. Asombrado el administrador de caridad tan generosa, y viéndole tan jóven y tan delicado, alabó mucho su zelo; pero no le pareció prudencia permitirle que se expusiese al contagio. Replicó el santo que la gracia supliria las fuerzas que le faltaban; que la caridad era propia de todas las edades y de todas las condiciones; y que él se tendria por muy dichoso si á los veinte y un años de su edad merecia dar su vida por amor de aquel Señor, que por él habia dado primero la suya á la edad de treinta y tres años. Quedó nuevamente pasmado el administrador al oír unas razones tan cristianas como generosas, y le dió su permiso para que asistiese á los enfermos. Bendijo

Dios aquella heroica caridad. Luego que Roque anduvo con los apestados, cesó la peste en la ciudad. Supo que aquella hacia horrorosos estragos en Cesena, ciudad de la Romania, y voló allá. Sucedió en Cesena lo mismo que en Aquapendente; admiró su ardiente caridad tanto en un pueblo como en otro, y bastó su sola presencia para disipar la peste; parece que esta iba huyendo de san Roque. Repetíase la misma maravilla en todos los pueblos por donde pasaba. Cada cual queria tener en su casa el peregrino, y aun corrió la voz de que era un ángel en figura de tal.

Cuando supo que Roma estaba tambien tocada de la peste, se le renovó el deseo que habia tenido, al salir de Mompeller, de ir á aquella santa ciudad. Entró en ella cuando el papa Benedicto XI estaba para partir á Perusa. Consoló á aquella afligida ciudad la llegada del peregrino, de cuya maravillosa caridad contaba tantos prodigios la fama. Quiso verle el cardenal Britónico, uno de los mas santos preladós de su tiempo. Oyóle de confesion, comulgóle, y descubrió en él aquel gran fondo de virtud que era el origen de tantas maravillas. Suplicóle emplease su valimiento con el Señor para que librase á la ciudad de tan terrible azote. Hizo oracion san Roque; y conociendo que Dios la habia oido, convidó al cardenal á que le acompañase en rendirle humildes gracias. El hecho acreditó mas la virtud de nuestro santo, probando la eficacia de sus oraciones. Quiso el cardenal que el santo besase el pié á su Santidad. Postrado Roque á lo piés del vicario de Cristo, le pidió su bendicion y la absolucion de sus pecados. *Tú, hijo mio,* respondió e papa, á vista de un milagroso resplandor que rodeo el cuerpo del santo, *no necesitas de nuestra absolucion; nosotros sí que tenemos necesidad de tus oraciones.* Preguntóle despues de dónde era, y cuál era su familia; á esto enmudeció Roque, y el papa no quiso apurarle

mas. Casi tres años se detuvo en Roma nuestro santo, empleándose en los ejercicios de caridad á que se había dedicado; y habiendo cumplido con su devoción, salió de Roma y volvió á aquellas mismas partes de Italia donde ya había estado, continuando en servir á los enfermos, y en librar de la peste los lugares por donde transitaba.

Habiendo pasado algunos años en diferentes ciudades de Lombardia, ocupado siempre en estas heroicas obras de caridad, tuvo noticia de que la ciudad de Plasencia estaba afligida de epidemia; peste popular causada por la corrupcion del aire de que ninguno se puede libentar. Al punto pasó allá, y se encerró en el hospital, curando por su mano las llagas de los enfermos, segun su costumbre. Pero Dios, para probar y purificar mas su virtud, permitió que, despues de haber padecido tanto por otros, se viese él mismo atacado del propio trabajo, y con necesidad de que otros le asistiesen.

Quedóse profundamente dormido una noche, abrumado de la fatiga y del sueño. Despertó, y se sintió apoderado de una ardentísima fiebre, con un dolor en la pierna izquierda tan violento y tan agudo, que le obligaba á prorumpir en lastimosos gritos. Recibió este mal como favor de Dios muy especial, y no cesaba de mostrarle su agradecimiento. La violencia del mal no le estorbaba su tranquilidad interior; pero la viveza de los dolores le obligaba á dar gritos, que podian incomodar á los otros enfermos del hospital. Movido de caridad con ellos, no paró hasta que se hizo echar fuera de él. Afligia á todos verle tendido por tierra, y expuesto á las injurias del aire; instábanle para que se dejase llevar á cama; pero fue invencible la delicadeza de su caridad. Temerosos de que inficionase la calle donde estaba tendido, se vieron precisados los vecinos á hacerle salir fuera de la

ciudad. Gozoso el santo de verse echado de aquella manera, sostenido de un palo se fué arrastrando con grande trabajo hasta la entrada de un bosque, donde encontró una pobre y estrecha choza. El mismo gozo que tenia de verse arrojado de los pueblos, oprimido de dolores, destituido de todo humano consuelo, y en aquella triste soledad, le hacia muy deliciosa la incomodidad de la estancia. Pero tomó Dios á su cargo el cuidado de su siervo. Cerca de la misma cabaña hizo brotar un manantial de agua clara y cristalina, que dura aun el dia de hoy, dándole el mismo Señor una maravillosa virtud para preservar de la peste. Bebió de ella, y lavando su llaga con la misma agua, se sintió muy aliviado. Faltábale todavía que comer, pero Dios tomó providencia.

A doscientos ó trescientos pasos del bosque habia un castillo de un caballero de Plasencia llamado Gotardo, donde se habia retirado con su familia mientras duraba la peste. Estando un dia á la mesa, uno de sus perros tomó un pan en la boca y se escapó con él. Por entonces no se hizo mucho caso de este robo; pero el dia siguiente, estando tambien sentado á la mesa, repitió el perro la misma diligencia, y echó á correr. Creyó Gotardo que esto dependia de que mataban de hambre al pobre animal, y riñió ásperamente al criado que cuidaba de los perros. Por mas que este protestó que nada faltaba á estos animales, no fué creído. Pero como el perro tercera vez hurtase el pan de la mesa, y se escapase con él, le fueron siguiendo, y vieron que se entró en la choza, que alargó el pan al santo, y que, despues de haberle halagado con la cola, se retiró. Informado Gotardo de un hecho tan singular, fué á ver al siervo de Dios; y prendado de su mansedumbre, de su humildad, de su paciencia, y de aquel aire de santidad que resplandece siemore en los santos, le preguntó quién era, y

porque estaba retirado en aquella choza. Respondióle el santo que porque estaba tocado de la peste, y que por lo mismo le suplicaba á él que tambien se retirase. Obedeció el caballero; pero luego que volvió á su casa, reprendiéndose á si mismo su pusilanimidad y cobardía, retrocedió adonde estaba el enfermo, y le declaró venia resuelto á no abandonarle. Has sido dichoso, le respondió el santo en haber obedecido tan prontamente á la divina inspiracion. Dios te llama á la soledad, y quiere que lo dejes todo para servir á solo él. Recibió Gotardo este oráculo como si fuera del cielo; y sintiéndose enteramente mudado, preguntó á Roque qué era lo que debia hacer. Quiere Dios, respondió el santo, que te vistas de peregrino como yo; y para romper desde luego y para siempre con el mundo, á quien has servido demasiado hasta aquí, que en este mismo traje vayas á pedir limosna por toda la ciudad de Plasencia. Era fuerte la prueba; pero Gotardo se sujetó á ella, y despues de haber sufrido la griteria de los muchachos, las zumbas, las chufletas y las reprensiones de los nobles, harto de oprobios á satisfaccion, volvió á la choza en busca de su jóven director. A tan generosa accion, hecha solo por agradar á Dios, se siguió inmediatamente el premio. Transformado en otro hombre el nuevo ermitaño, renunció todos los empleos y todas las conveniencias que poseia, y se consagró al servicio de solo Dios, pasando el resto de sus dias en la soledad. Mientras tanto, nuestro Roque, acompañado del nuevo solitario, volvió á Plasencia; y habiendo hecho la señal de la cruz en todas las calles y en el hospital, en el mismo punto quedaron sanos todos los enfermos que estaban tocados de la peste, y toda la ciudad libre de aquel terrible azote. A vista de tan estupendo prodigio, todos gritaron *milagro*, y concurriendo de tropel al santo, le vinieron acompañando hasta su choza. En

el camino oyó una voz que le decia: *Roque, ya estás sano; vuélvete á tu pais donde darás nuevas pruebas de tu paciencia.*

Oyó esta misma voz un hombre de gran virtud que iba entre la muchedumbre, y atropellando por ella, se fué á echar á los piés del santo, llamándole por su nombre, y encomendándose á sus oraciones. Quedó Roque sorprendido viéndose apellidar por su nombre, que jamás habia descubierto á persona alguna, y prometió á aquel buen hombre que, así él como su familia y todo aquel pais quedarian en adelante preservados de la peste, con tal que á nadie revelase lo que habia oido hasta que tuviese noticia de su muerte.

Despues que nuestro santo recobró tan milagrosamente su salud, habiendo instruido y fortificado suficientemente á su huésped en su generosa empresa, tomó la vuelta de Francia en hábito de peregrino, y pidiendo siempre limosna. Estaba tan extenuado y tan desfigurado, que, habiendo llegado á un lugar de su antiguo dominio, ninguno le conoció; y como á la sazón todo estaba lleno de hostilidades y de sospechas, á causa de las guerras, fué tenido por espía, y como tal fué conducido al gobernador de Mompeller, que no era menos que su mismo tío, el cual habia sucedido en el gobierno á su hermano, y padre de nuestro santo. Como Roque persistiese en no descubrir quién era, tambien le tuvo por espía el gobernador, y despues de muy maltratado, le condenó á cárcel perpetua.

No se puede explicar el consuelo espiritual y la alegría interior de nuestro santo cuando se vió encerrado en un oscuro calabozo y tratado con tanto menosprecio en su mismo pais, y por su propio tío. Consolábanle maravillosamente aquellas palabras del Evangelio, en que se dice de Jesucristo que, habiendo

vuelto á su patria, los suyos no le recibieron : *Et sui eum non receperunt*. Todas sus conversaciones eran con Dios, pasando en oracion los dias y las noches. Como si la oscuridad y la hediondez de un calabozo estrecho y lleno de sabandijas no bastasen para ejercitar su paciencia, añadia nuevas mortificaciones al rigor de su lastimoso estado. Su comida era solo pan y agua; y esta con medida. El deseo de padecer mas y mas por Jesucristo era siempre ingenioso, sugiriéndole cada dia nuevas industrias para macerar su carne, y era su vida un continuado martirio.

Cinco años pasó san Roque en estos crueles abatimientos, sin que hubiese persona humana que le solicitase algun alivio. Solo Dios y la santísima Virgen, por cuyo amor y á cuya imitacion padecia, eran todo su consuelo. El carcelero, admirado de su apacibilidad, de su mortificacion y de su paciencia, se contentaba con decir que aquel preso era de especie distinta de los otros hombres. Pero queriendo el Señor premiar en fin á su siervo, le reveló el dia y la hora de su muerte, y el santo pidió que le llamasen á un sacerdote. Entrando este en el calabozo, al cual por ninguna parte entraba luz alguna, quedó admirado viéndole rodeado de un celestial resplandor; pero mucho mas asombrado quedó cuando vió que el cuerpo de aquel preso despedia de sí muchos rayos de gloria; mas despues que le oyó de confesion y le dió la comunión, depuso toda duda, y conoció la eminente santidad de aquel hombre extraordinario. Luego que salió de la cárcel, se fué derecho y apresurado á casa del gobernador, y refiriéndole lo que habia visto, le declaró que tenia en el calabozo un tesoro escondido á los ojos de los hombres. Despreció el gobernador la relacion, tratándola de sueño; pero esparcida la voz por toda la ciudad de que habia un santo en la cárcel, en un instante se halló esta rodeada de todo el

pueblo. Bajó el carcelero al calabozo, y luego advirtió la extraordinaria luz que salia por las rendijas de la puerta. Abrela, y encuentra al santo tendido en la tierra, que acababa de entregar el alma á su Criador, y tenia á su cabecera una lámpara encendida, y al lado una tablilla en que estaban escritas estas palabras : *Los que tocados de la peste invocaren á mi siervo Roque, se librarán por su intercesion de esta cruel enfermedad.*

Dieron cuenta al gobernador de esta maravilla; quedó aturdido, y refiriéndosela á su madre, abuela de nuestro santo, que vivia aun, respondió aquella señora que, si aquel era su nieto, lo reconoceria seguramente por una cruz roja que tendria en el pecho, habiendo nacido con ella. Verificóse luego esta señal, y es facil comprender cuáles serian los afectos de dolor, de admiracion y de gozo en toda la ciudad. Expúsose el santo cuerpo á la veneracion pública en una rica cama, debajo de un magnifico dosel; y el gobernador, que estaba inconsolable por la inocente dureza con que habia tratado á su sobrino, le hizo unos suntuosos funerales. Todos querian lograr el consuelo de besarle los piés, y regarlos con sus lágrimas. Fué conducido el santo cadáver como en triunfo por toda la ciudad, acompañado del clero, de la nobleza y del pueblo, y se le dió sepultura en la iglesia principal, que todavia no era catedral, porque la silla episcopal se mantenía aun en Magüellon, de donde no se trasladó á Mompeller hasta el año de 1533. Poco despues su mismo tio hizo erigir una magnifica en honor de su santo sobrino, á la cual fueron trasladadas sus reliquias. Murió nuestro santo por los años de 1319, á los treinta y cuatro de su edad.

Pocos santos comenzaron á tener culto tan presto como nuestro Roque. Desde el mismo dia de su entierro comenzó la devocion particular á su sepultura.

Es verdad que muy desde luego comenzó Dios á manifestar la gloria y el valimiento de su siervo con multitud prodigiosa de milagros, particularmente con aquellos que en tiempo de peste imploraban su poderosa proteccion. Por esta experiencia la mayor parte de las ciudades y de los pueblos le escogieron por uno de sus patronos, votando guardar como festivo el dia de su muerte, que fué el 16 de agosto. Entre otras innumerables ciudades que le tomaron por patrono, fué una la ciudad de Venecia; y en atencion á esto algunos aventureros venecianos, con cierta especie de piadosa conspiracion, tuvieron modo de sacar furtivamente de Mompeller una parte de sus reliquias; la otra fué trasladada por el mariscal de Boucicaut á la iglesia de los padres Trinitarios de Arlés, y de aquí se distribuyeron ampliamente estas mismas reliquias en muchas ciudades del reino.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La octava de san Lorenzo, mártir.

En Cartago en Africa, san Liberato, abad; san Bonifacio, diácono; san Serfo y san Rústico, subdiáconos; san Rogato y san Séptimo, monjes, y el niño san Máximo, todos mártires; los cuales, en la persecucion de los Vándalos bajo el rey Hunerico, fueron atormentados con diferentes é inauditos suplicios, en defensa de la fe católica y la unidad del bautismo. En fin, habiendo sido clavados en unos troncos que debian alimentar la hoguera preparada, como siempre se apagaba el fuego por mas que le atizaban, fueron, de orden del rey, muertos á remazos sobre la cabeza; y cuyos tormentos consumaron felizmente su edificante combate, coronado por el Señor.

En Cesarea en Capadocia, la fiesta de Mamés, mártir, quien, desde la infancia hasta la vejez, padeció un

prolongado martirio, consumándole con felicidad en tiempo del emperador Aureliano bajo el presidente Alejandro. Dos padres, san Basilio y san Gregorio Nazianzeno le han colmado de elogios.

En Acaya, san Miron, presbítero y mártir, que, bajo el emperador Decio y el presidente Antipatro, fué decapitado en Cizico.

En Nicomedia, san Straton, san Felipe y san Eutiquiano, mártires, que, condenados á las fieras que los respetaron, consumaron su martirio en el fuego.

En Tolemaida en Palestina, san Paulo y santa Juliana, su hermana, quienes padecieron bajo Valeriano

En Terni, san Anastasio, obispo y confesor.

En Viena del Delfinado, el venerable Carloman, hijo de Carlos Martel, monje de Moncasino.

Entre Chelles y Gournay diócesis de París, el martirio del venerable Tomás de San Víctor.

En Huy en el país de Lieja, el tránsito del venerable Teodoro de Celles, fundador del orden de Santa Cruz.

En Alejandria, san Orion y san Emelo, mártires.

En dicho dia, san Agnato, mártir.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

<p>Omnipotens sempiternus Deus, qui meritis et precibus beatissimi Rochi, confessoris tui, quamdam pestem hominum generalem gratiosè revocasti: cræsta supplicibus tuis, ut qui pro simili peste revocanda ad tuam confugiunt fiduciam, ipsius gloriosi confessoris precamine, ab ipsa infirmitate, et ab omni perturbatione liberemur. Per Domi-</p>	<p>Todopoderoso y sempiterno Dios, que por los méritos y por la intercesion del bienaventurado Roque, tu confesor, hiciste cesar una peste general que desolaba á todo el género humano; dignate conceder á nuestros ruegos que todos aquellos, que, llenos de confianza en tu misericordia, te suplicaren, los preserves de semejante azote, sean libres por la</p>
---	--

num nostrum Jesum Christum.... intercesion de tu glorioso confesor, así de esta enfermedad, como de todo lo que pueda turbar su quietud. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola es del cap. 4 del libro de la Sabiduria.

Justus, si morte præoccupatus fuerit, in refrigerio erit. Senectus enim venerabilis est non diuturna, neque numero annorum computata: cæci enim sunt sensus hominis, et ætas senectutis vita immaculata. Placens Deo factus est dilectus, et vivens inter peccatores translatus est. Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius. Consummatus in brevi, explevit tempora multa; placita enim erat Deo anima illius: propter hoc prope-ravit educere illum de medio iniquitatum: quoniam gratia Dei, et misericordia est in sanctos ejus, et respectus in electos illius.

El justo, si muriere antes de tiempo, encontrará descanso. Porque la senectud venerable no consiste en larga duracion, ni se computa por el número de los años; sino que la cordura del hombre es la que forma la verdadera senectud, y esta edad se encuentra en la vida sin mancha. Porque agradó á Dios fué amado de él, y porque estaba viviendo entre pecadores fue trasladado á otra parte. Fué arrebatado para que la malicia no alterase su espíritu, ó la seducción no engañase su alma. Habiendo vivido poco, llenó una edad larga, porque su alma era agradable á Dios, por lo cual se dió prisa á sacarle de en medio de las iniquidades; porque la gracia y misericordia de Dios se manifiestan con sus santos, y sus cuidados con sus elegidos.

NOTA.

* Entre todos los libros de la sagrada Escritura, á quienes la Iglesia da el nombre de libros de la Sabiduria, el original, ó el que propia ó primitivamente

tiene este titulo, es aquel de donde se sacó esta epistola. Escribióla en hebreo el mismo Salomon, que se manifiesta en él tan claramente, como en cualquiera de los otros libros suyos; despues fué traducido en griego por los Setenta. Ni se debe extrañar que ya no se encuentre en hebreo este libro. ¡Cuántas obras hay traducidas, cuyos originales no se hallan ya! »

REFLEXIONES

Aunque el justo muera con una muerte anticipada, se hallará en reposo. La experiencia enseña frecuentemente que los justos son retirados de este mundo en lo mas florido de su edad. Muchas veces es efecto de la bondad de Dios que los quiere sacar de los males ó peligros de esta vida. Pero de cualquiera modo y en cualquiera tiempo que ponga fin á su carrera, no se debe reputar su muerte por desgracia, puesto que le coloca Dios en un lugar de paz y de sosiego. Librale de un lugar de destierro, de una region de llantos, de una estancia triste y tumultuosa, en que las tempestades son tan frecuentes, y los escollos tan multiplicados, y tan comunes los naufragios. Solo por una especie de encanto se puede vivir con gusto en un país donde todo nos es contrario; en una tierra que solo lleva abrojos y espinas, donde los mas dichosos son aquellos que mejor poseen el arte de atolondrarse, y por decirlo así, el adormecer y confundir sus desasosiegos y sus pesadumbres entre el ruido y el estruendo. El nacimiento ilustre, la fortuna brillante, los empleos sobresalientes, las prosperidades engañosas, todo esto puede embriagarnos; pero nada de esto es capaz de hacernos verdaderamente dichosos y felices. Todas esas plantas solo producen unas flores por la mañana muy lozanas, que á breves horas se marchitan; y si dan algun fruto, ¡qué raro es el que no sea

muy amargo y de poca duracion! Basta una fiebre, un dolor, un catarro, un revés de fortuna, un accidente para; trastornarlo todo, para arruinarlo todo y para desvanecerlo todo. ¿Qué edad, qué salud, qué condicion hay exenta de estos fatales accidentes? Esta es la calidad, este es el mérito de la tierra que pisamos. ¡Mi Dios, y de cuántos males nos libra la muerte de los justos! Y si nosotros lo fuéramos; es decir, si fuéramos verdaderamente santos, ¡qué objeto tan halagüeño y tan gozoso sería tambien para nosotros! El mas perfecto modelo de una muerte preciosa fué la de la santísima Virgen. No solo murió en la caridad, que eso es comun á todos los santos; no solo por la caridad, que eso es propio de los mártires, de quien es reina, sino á manos de la misma caridad y del puro amor de Dios. La muerte de los santos es preciosa por el mérito de su vida y de su inocencia, en que consiste todo su precio y toda su estimacion. Pues ¿qué vida mas pura, mas llena de merecimientos, que la de la santísima Virgen? No consiste la felicidad de la muerte en morir entre la pompa y el fausto, sino en morir en gracia de Dios; no entre abundancia de bienes, sino con multitud de virtudes, que son los verdaderos tesoros; no rodeado de criados, sino cercado de ángeles. Tal fué la muerte de la santísima Virgen. Llena de gracia desde el primer instante de su aurora; ¿qué tesoros no aumentaria en el último momento de su brillante día? En ninguno de su vida dejó de multiplicar y doblar los infinitos tesoros de sus merecimientos; ¡pues cuán preciosa sería su santísima muerte!

El evangelio es del cap. 9 y 10 de san Mateo.

In illo tempore : Circuibat En aquel tiempo, andaba Je-
Dominus Jesus civitates et sus por todas las ciudades y cas-
castella, docens in synagogis tillos, enseñando en sus sina-

eorum, et prædicans Evange-
lium regni, et curans omnem
languorem, et omnem infir-
mitatem. Videns autem tur-
bas, misertus est eis : quia
erant vexati, et jacentes sicut
oves non habentes pastorem.
Tunc dixit discipulis suis :
Messis quidem multa; opera-
rii autem pauci. Rogate ergo
dominum messis, ut mittat
operarios in messem suam.
Euntes autem prædicate, di-
centes : Quia appropinquavit
regnum cælorum. Infirmos
curate, mortuos suscite, le-
prosos mundate. Ecce ego mit-
to vos sicut oves in medio lu-
porum. Estote ergo prudentes
sicut serpentes, et simplices
sicut columbæ.

gogas y predicando el Evange-
lio del reino, y curando toda do-
lencia, y toda enfermedad. Y
viendo las turbas, tuvo compa-
sion de ellas, porque padecian
vejacion, y estaban dispersas
como ovejas sin pastor. Enton-
ces dijo á sus discípulos : La
miés á la verdad es copiosa;
pero los obreros son pocos.
Suplicad, pues, al señor de la
miés que envíe obreros á su
miés. Y yendo, predicad, y
decid : El reino de los cielos
está cercano. Curad los enfer-
mos, resucitad los muertos,
limpiad á los leprosos. Hé aquí
que yo os envío como ovejas
en medio de lobos. Sed, pues,
prudentes como serpientes, y
sencillos como palomas.

MEDITACION.

QUE LA VERDADERA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VIRGEN
ES SEÑAL DE PREDESTINACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en la vida deseo mas justo, ni esperanza de mayor consuelo, que el deseo y la esperanza de ser del número de los escogidos de Dios. Todos esos bellos asomos de fortuna, todas esas risueñas y floridas entradas á los honores y á las conveniencias del mundo podrán muy bien lisonjear un jóven corazon; mas nunca podrán satisfacerle ni llenarle. Esta eternidad, esta eternidad viene siempre á turbar, á atemorizar el tiempo. Bien puede uno estar